

naturaleza del terreno y las circunstancias. Quedó al mismo tiempo resuelto el abandono de Valmaseda, y dirigir á los pueblos alocuciones que tendiesen á reanimar su espíritu y el de los voluntarios.

Por su parte el general Espartero adoptó las medidas conducentes á asegurar la conservación del territorio conquistado en la izquierda de su línea, á mantener sus comunicaciones con Miranda y Logroño, al mismo tiempo que adelantaba su ofensiva sobre Orduña y Amurrio. Interin Maroto permanecía estacionado en Llodio, Espartero se hacia dueño el 24 de mayo del primero de dichos importantes puntos, al que siguió la ocupacion del segundo ó sea de Amurrio en 1.º de junio; operaciones que consolidaron la posesion del territorio de Valmaseda y su comarca.

Estrechado Maroto por las acertadas operaciones del ejército de la Reina, trató de hacerse fuerte en la ventajosa posición de Areta, en la que esperó poder detener los progresos de su enemigo. Inútiles eran, sin embargo, los esfuerzos del caudillo de don Carlos para que los suyos agradeciesen el celo que desplegaba en el sostenimiento de una causa cuya ruina se precipitaba á pasos de gigante. Por su campo corrian excitaciones impresas dirigidas á desacreditarlo. «No creais, decia una de ellas, los rumores que circulan de que vienen cincuenta mil franceses en nuestro auxilio; eso es un engaño de Maroto, que no tiene otro objeto que el de adormecerlos en una engañosa seguridad para ganar tiempo en el que consumar su crimen. Maroto se halla abandonado por las potencias del Norte, y el gobierno francés prepara la escuadra para bloquear vuestros puertos.»

Otro de aquellos libelos decia:

«Voluntarios de Carlos V y pueblos vasco-navarros: El hombre de maldicion, el impío Maroto, ha consumado su obra de iniquidad; ha vendido á los cristinos el ejército, el pueblo y vuestros venerandos fueros, y á los ingleses vuestro rey, prometiéndoles entregárselo en San Sebastian. Una feliz casualidad ha revelado el detestable proyecto. Se ha interceptado en Francia la correspondencia de Maroto y en ella se ha hecho el espantoso descubrimiento de la sacrilega venta que hace el miserable de su patria y de su rey.»

A aumentar los efectos de tales síntomas de desorganizacion contribuian las proclamas de Espartero, que anunciaban frecuentes deserciones de los castellanos que acudian á sus filas y proferian ofertas de favorable acogida á los que les imitasen, expectativa que corroboraba el hecho de que el regimiento de Luchana estaba en su mayor parte compuesto de desertores carlistas.

A efecto de distraer sus ocios y de calmar sus inquietudes, aceptó don Carlos la propuesta de Maroto de pasar una revista á su ejército, á cuyo efecto se puso en marcha el 18 de junio desde Durango, acompañado por su esposa, su hijo, el infante don Sebastian, el ministro de la Guerra y sus ayudantes. Pernoctó en Arancundiaga y al dia siguiente halló reunidos los batallones en Areta y en Orozco. Respondiendo á las aclamaciones de que fué objeto, prodigó don Carlos elogios á sus soldados, y, segun su costumbre, les hizo esperar la victoria á condicion de que perseverasen fieles á su causa.

Interin Espartero fortificaba la izquierda de su línea, recientemente conquistada, el general don Diego Leon proseguia en Navarra la ingrata tarea de incendiar las mieses de los campos situados en territorio enemigo. En obediencia de las acerbas órdenes, de cuya ejecucion estaba encargado, se apoderó ó destruyó las cosechas pendientes en los pueblos de Allo, Dicastillo y Arellano; sucesos que dieron ocasion á frecuentes combates, en los que se perdieron muchas vidas y se consumó la ruina de muchos inocentes labradores.

Agraváronse aquellos rigores con severos bandos contra la introduccion de víveres y efectos de comercio en el territorio carlista. Durante todo el mes de julio continuó el inexorable sistema de incendiar las mieses sin que el celo y buena voluntad de Elío, jefe de las fuerzas navarras, pudiese contener los desastrosos efectos de un sistema que el mismo general encargado de extremar sus disposiciones, el noble y humano don Diego Leon, calificaba, diciendo que *á los infelices habitantes solo les quedaban ojos para llorar.*

Asoladas que fueron las antedichas comarcas, tuvo aquel general que resignarse á extender la plaga de las duras providencias de que era ejecutor, á los territorios de la Solana, de Sesma, de Lodosa y de Mendavia, al mismo tiempo que encomendaba al general Bayona que otro tanto hiciese en el territorio de Buroz.

La desastrosa campaña que tuvo por objeto los incendios de Navarra, trae á la memoria el recuerdo bíblico de Sanson incendiando los campos de los filisteos y del general Sherman preparando la ruina de los separatistas de los Estados-Unidos, devastando los ricos territorios del Sur.

Para consumar la ruina de los assolados campos de Navarra, destináronse cuatro columnas á las órdenes de los generales Concha, Bayona, Gaston y Castro, los que hubieron de sostener incesantes combates con las fuerzas al mando de Elío, entre las que y las de Diego Leon, trabóse un duelo á muerte durante toda la época de la recoleccion.

El 8 de agosto promovióse en el campo carlista un movimiento cuyas consecuencias debian dejarse sentir en las filas enemigas, mucho despues de apaciguada la gran novedad, ocasionada por la sublevacion del 5.º batallon navarro al grito de *viva el Rey, muera Maroto y los traidores.* Los batallones 11.º y 12.º de Navarra se unieron á los pronunciados. Atribuyese á causas distintas aquella insurreccion, y sin duda alguna fueron de distinto origen los móviles que la impulsaron, aunque todos ellos coincidieron á darle la gravedad que realmente tuvo. La levadura de los odios, natural consecuencia de los fusilamientos de Estella, tuvo en la explosion una parte á que no fueron ajenas las maniobras y trabajos de los liberales en el interior del campo carlista; manejos que, por distintos conductos, pero á un mismo fin, impulsaba Espartero, por medio de las inteligencias que habia logrado establecer entre los enemigos, al mismo tiempo que desde su observatorio de Bayona la activa sagacidad de Aviraneta atizaba el fuego. No se libertó don Carlos de que tambien se le atribuyese que veia con predileccion el movimiento, ya que no lo hubiese impulsado; y para completar el catálogo de las universales sospechas que á todos los partidos alcanzaron, hasta llegó á creerse que Goni, Madrazo de Escalera, Zaratiegui y otros jefes, conocidamente adictos de Maroto, tuvieron participacion en la trama.

Ostensiblemente mostraron adherirse á ella don Basilio, Aguirre y el presbítero Echavarría, quien dió á luz una proclama en la que declaraba que se hacia traicion á la causa carlista, y que desde los sucesos de Estella no quedaba á los leales otra bandera que la de *Dios y el Rey.*

El general Elío, en el territorio de cuyo mando se representaba la abigarrada escena, se veia perplejo y declaraba que tanto el atacar á los sublevados á viva fuerza, como el dejar de hacerlo, era igualmente desastroso para la causa carlista.

Colocado entre dos partidos que ostensiblemente lo aclaman y aparentan reverenciarlo, el atribulado don Carlos, turbado y perplejo, no podia prescindir de sostener, manifestamente al menos, á Maroto, en cuyas manos tiene depositada su principal fuerza. Reclama vivamente el último que el Rey se presente al ejército y haga entrar en obediencia á los sublevados.

Adopta don Carlos el partido de mandar á Echavarría, que los pronunciados se presenten en Lumbilla á recibir órdenes; pero desconfiados ó temerosos no obedecen, y mantienen su actitud hostil, colocando á su Rey en la apurada situacion de no saber qué partido tomar, pues aunque en secreto ama á los pronunciados, no puede declararse por ellos sin exponerse á acabar de perder su causa; desea que triunfen, pero ante todo conoce que su interés está en conciliarlos.

Maroto que tambien teme y no sabe con quién podrá contar, llegado el caso de tener que pelear, teniendo á Espartero en frente, se humilla hasta el extremo de escribir á Echavarría, corifeo de la sublevacion, manifestándole la sorpresa que le causa de que él sea quien dé el golpe mortal á la causa de don Carlos, sublevando el 5.º batallon de Navarra, é instándole á que desista de su empeño, en la inteligencia de que él, Maroto, no tenia otros principios que los de Rey, religion y bienestar de las provincias, é invitando á Echavarría á una conferencia, le recomendaba la union para resistir lo comun

enemigo, añadiendo por último que él y los que le seguian serán los culpables de las desgracias que sucediesen, si no hacia caso de aquella noble y franca invitacion.

A esta comunicacion dió Echavarría la respuesta siguiente: «Señor don Rafael Maroto.—Quien da el golpe mortal á la causa del Rey, á la religion y á las provincias es usted; el traidor, el asesino, el enemigo declarado del uno y de los otros. Hablen por nosotros los sucesos. ¿Quién fué el autor de los asesinatos de Estella? ¿quién obligó al Rey, con el puñal en la garganta, á firmar el contra decreto? ¿quién ha vendido y entregado á Ramales, Guardamino, Valmaseda, Orduña, Urquiola y Durango? ¿quién ha perseguido á muerte á todos los fieles partidarios del Rey y de su causa?»

«Jamás me uniré con traidores y asesinos como usted. Con menos tropas y menos recursos hemos podido siempre contrarrestar al enemigo é impedirle que invada el país: ahora han atravesado en triunfo parajes donde hasta el último debia haber perecido. Pero ¿qué extraño es esto siendo público y notorio, hace ya largo tiempo, que está usted vendido á Espartero?»

«Pero no crea el traidor Maroto que los batallones 5.º y 12.º sean los últimos que levanten el grito de «viva el Rey y muera Maroto;» no: este ejemplo será seguido por todos los verdaderos carlistas, y en especial por todos los denodados navarros: sus obras lo demostrarán así.—Es de usted atento, Juan Echavarría.—Santisteban 26 de agosto de 1839.»

Era tanto mas embarazosa la situacion de Maroto, cuanto que Espartero, que conservaba relaciones secretas con el jefe enemigo, le instaba para suscribir el convenio que habia de poner fin á la guerra; pero no se creia el último todavía bastante dueño de su ejército para que lo siguiese y esto le hacia vacilar. Flotaba Maroto entre diferentes soluciones sin acabar de decidirse por ninguna de ellas, faltar de seguridad de poderlas llevar á cabo con resultados estables. Habia pensado en la abdicacion de don Carlos en su presunto heredero; mas luego llegó á desconfiar de este y desistió de semejante idea.

Para mayor complicacion de la descomposicion que trabajaba el campo carlista, baste saber que se dió crédito, probablemente infundado, á haber surgido un tercer partido que trabajaba por que don Carlos juntase Cortes, levantando una bandera conciliadora. En el entre tanto los guipuzcoanos, sublevados en Andoain, niegan la obediencia á su jefe Vargas, se declaran neutrales y toman el papel de conciliadores, dirigiendo al efecto una exposicion á don Sebastian en la que le manifestaban que jamás se declararían en rebelion ni tomarian parte en los perniciosos movimientos que minaban la causa carlista.—Que no era justo que el ejército fuese juguete del espíritu de partido; que se tomaban medidas que demostraban existia un antagonismo directo entre el cuartel real y el general en jefe, bajo cuyo supuesto la division guipuzcoana se propone atajar males de trascendencia; á cuyo efecto debe manifestarse neutral interin ambos cuarteles entablan relaciones de amistad y dan testimonio de caminar acordes para el triunfo de la causa. Concluian manifestando que no darian entrada en la plaza á ningun individuo de los dos bandos y, cosa singular, terminaban diciendo al infante que, con harto dolor de los exponentes, tambien S. A. quedaba incluido en dicha prohibicion.

En aquel estado de confusion y habiendo los pronunciados sacudido el mando de Vargas, aceptaron el de Iturbe, que corrió de Azeitia á Andoain y se entendió con los sublevados, entre los que era tan chocante la diversidad de pareceres, que á un mismo tiempo se oian gritos en favor de la paz, de Maroto, y don Carlos y su cuartel real.

La anarquía moral y el desbarajuste que en aquellos dias alcanzó á todas las fracciones que dividian el campo carlista, llegó hasta el extremo de que la discordia se propagase aun entre los mas prudentes y avisados de los consejeros de don Carlos; pues corrió muy válido, y no dejaron de acreditarlo indicaciones verosímiles, que entre Montenegro, el arzobispo de Cuba fray Cirilo y Ramirez de la Piscina estallaron disidencias que rompieron la inteligencia que entre ellos habia existido.

De semejante estado de cosas no podia menos de tratar de aprovecharse, como en efecto lo hizo con éxito, el general Espartero, quien avanzó por Ochandiano hasta Villareal de Alava.

Poco menos que abandonado Maroto por los jefes, con quienes habia creído contar para sus proyectos de transaccion, y hostigado por todos lados, quiso, sacando fuerzas de flaqueza, ostentar una seguridad de la que estaba bien lejano, dando á luz la siguiente orden del dia:

«Voluntarios: se acerca un dia de combate en el cual probaremos al mundo entero que los defensores de la legitimidad no concederán jamás el triunfo á los usurpadores. Si el abandono voluntario, que hemos hecho, de algunos puntos que no me presentaban las ventajas que debo buscar para combatir contra las fuerzas enemigas, les ha hecho creer que los tememos, cuando salgan de las posiciones que ocupan, si no retroceden, hallarán la muerte que vuestros brazos deben darles en recompensa de la conducta infame que observan, saqueando y quemando vuestros campos y aldeas. La campaña que han empezado con fuerzas tan desiguales es la mas bárbara que puede imaginarse; en Navarra, en la Solana, en Alava, á la parte de Vitoria, en Guevara y aldeas inmediatas lo que man y lo saquean todo, sin que nada se libre de su rapiña; y veis al rebelde Espartero destruir á Amurrio, Orduña y Arciniega, todo cuanto puede satisfacer su inhumanidad y su barbarie. En vano algunos intrigantes esparcen rumores de transaccion, pues jamás puede haberla entre dos partidos cuyos principios son tan opuestos. Sea nuestra constante divisa el Rey y la Religion. Es necesario triunfar ó morir.»

«Cuartel general de Orozco, 23 de julio de 1839.—Vuestro general, Rafael Maroto.»

CAPITULO III

El convenio de Vergara.

Apertura de la campaña del Norte.—Avance de Espartero.—Crisis interior en el campo carlista.—Negociaciones entre Espartero y Maroto.—Quiere Maroto interesar á don Carlos en las negociaciones de paz.—Ruptura de Maroto con don Carlos.—Preliminares del convenio.—Convenio de Vergara.—Proposiciones de la Francia y de Inglaterra.

Interin el general de don Carlos encubria bajo las apariencias de una confianza, de que tan léjos se hallaba, las incertidumbres que asaltaban su atribulado espíritu, Espartero, que ya veia claramente el camino que debia conducirle al suspirado término de la guerra en el Norte, se adelantaba por el llano de Alava, operando de manera que flanqueaba las posiciones del enemigo, obligándole á abandonar puntos estratégicos, como lo era el fuerte de Arroyabe. Inmediatamente despues adelantóse á Villareal, de cuyo punto se hizo dueño, como igualmente del territorio que habia formado la segunda línea del enemigo. El vigor de los movimientos de Espartero revelaba su pensamiento de no dar tregua á Maroto, obligándole á entrar de lleno en las comenzadas negociaciones, á las que convidaban las demostraciones que en favor de la paz se manifestaban entre los voluntarios.

Para dar mayor estímulo en el país á este mismo espíritu, dió Espartero, el 9 de julio, en Amurrio un bando rigorosamente prohibitivo de todo tráfico con el territorio enemigo, y, partiendo en seguida de Urbina, atacaba y tomaba á Urquiola, que evacuaba el conde de Negri, abandonando la artillería y abundantes víveres y municiones.

El 22 de julio era el caudillo de la Reina dueño de Durango, cuya posesion conmemoró publicando una elaborada orden del dia que trazaba la historia de su victoriosa campaña; ostentaba la superioridad de elementos con que contaba para el triunfo, y procuraba disuadir á los contrarios de perseverar en una lucha para ellos sin éxito posible.

Continuó Espartero operando en direccion de la llanada de Alava, obligando con su marcha al enemigo á irle cediendo terreno. Maroto habia escogido el punto de Areta, como posicion bastante fuerte, para haber opuesto en ella una poderosa resistencia al avance de su enemigo, pero vióse frustrado en su designio por los movimientos de los generales Castañeda

y Arechavala, los que, siguiendo las órdenes de Espartero, amenazaban envolver la posición de Areta, que se apresuró Maroto á evacuar, sacrificando parte de su artillería.

Nuevamente quiso Espartero dirigir su voz á los que tenía mayor interés en atraer que en vencer á campo raso, y lo ejecutó por medio de una proclama, en la que ofrecía buena acogida y positivas ventajas á los que depusieran las armas. No podía Maroto dejar sin respuesta la seductora alocución, y dióselá el mismo día 23 en Elorrio, contradiciendo los anuncios de transacción y excitando á los suyos á resistir enérgicamente los progresos del enemigo. Pero comenzaba entonces en el campo carlista el desconcierto que veremos ir cundiendo á paso de gigante, dando ocasión á que alternasen en el cuartel general de ambos caudillos las probabilidades ó la lontananza de llegar á términos de avenencia; alternativa que inmediatamente influía en las operaciones de guerra, inspiradas de parte de Espartero por el interés de apurar á Maroto para mejor obligarlo á rendirse; al paso que el último lo tenía en ganar tiempo para robustecer entre los suyos los elementos pacíficos y atraer la mediación de la Francia, vivamente anhelada por el general de don Carlos.

Siguiendo las instrucciones que le prescribían apurar á Elío en Navarra, para que no pudiese distraer fuerzas contra los batallones pronunciados contra Maroto, el general don Diego Leon provocó las acciones de Cirauqui y Mañeru, mas sangrientas que decisivas, en las que, como de costumbre, se distinguió el general don Manuel de la Concha, herido en una de ellas. El resultado mas ostensible de aquellas operaciones lo fué la quema y tala de las mieses de Navarra, en ejecución de las severísimas órdenes de cuyo cumplimiento se hallaba encargado el general Leon.

Comenzó entonces, para no cesar hasta que llegó á ser un hecho la conclusión del convenio de Vergara, una serie de planes y de intrigas en el campo carlista, que por lo multiplicados, varios y encontrados que fueron, ofrecería su detenido relato un cuadro á la vez interesante y confuso. La mejor manera de ver algo claro en medio de la maraña de pormenores y menudencias que complican la sorda lucha entablada y seguida entre el cuartel real y el cuartel general, de cuyos respectivos centros se desprendieron ramificaciones que hacen todavía mas confuso el laberinto que constituyó la atmósfera de los últimos meses del efímero y problemático reinado de don Carlos, será la de darnos cuenta de las causas y móviles que influyeron en los sucesos que vamos á ver irse desarrollando.

Entraba por mucho, y fué sin duda la principal causa que precipitó el próximo desenlace, el que las tres provincias hermanas se hallasen cansadas, esquilmas y extenuadas por efecto de haber estado alimentando durante seis años 30,000 combatientes y 2,000 parásitos. Falseaba grandemente además la situación del campo enemigo el antagonismo existente entre navarros y castellanos, entre vascongados y ojalateros. Desde antes de los fusilamientos de Estella hemos visto que transigentes é intransigentes, camarilleros y marotistas, se lanzaban unos contra otros amenazas de muerte, que no cesaron de reproducirse despues de la hecatombe de Estella, en términos que, aun despues de reconciliados, en la apariencia al menos, don Carlos y Maroto, siempre estuvieron recelando traición los afiliados en uno y otro bando.

Haciendo diversion á las excentricidades emanadas de los antedichos abigarrados centros, habíase creado en el real de don Carlos un círculo, llamado de los políticos, que presidía Fr. Cirilo Alameda, y del que formaban parte Ramirez de la Piscina, Madrazo Escalera y otros, autores de planes que no legaron á realizarse, pero que complicaron los sucesos dentro del campo carlista y privaron á la causa de poder aspirar á otro desenlace que el de deponer las armas, como lo hizo Maroto en Vergara, ó ser vencida por la fuerza, como lo fué finalmente en Aragon y Cataluña, no obstante la obstinada y gallarda resistencia de Cabrera.

Por efecto de las divisiones á las que acabamos de hacer referencia, eran tantos los síntomas de hostilidad contra Maroto, que circulaban en el mismo territorio de su mando, tan violentos y multiplicados los folletos y libelos contra él pu-

blicados; tan vehementes las sospechas del general contra los que rodeaban á don Carlos, no obstante que eran sus hechuras en gran parte, que no pudo contener su resentimiento, haciendo llegar sus quejas al príncipe en términos tan expresivos y exigentes, que el último se vió obligado á consentir en que su ministro Ramirez de la Piscina diese á luz una circular contra los autores de folletos y de toda clase de actos y manifestaciones contrarias á la confianza que el monarca decia tener depositada en su general en jefe. La esencia de aquella situación abigarrada podia traducirse en la extraña, pero exacta sentencia de que don Carlos estaba en manos de Maroto, sin que este supiese lo que habia de hacer con el príncipe ni con su bandera. Corroboraba esta opinion lo que es sabido respecto á cómo pensaba Maroto en aquellos dias, habiéndose hecho pública una carta que escribia al alemán Meyer, su particular amigo, en la que se lamentaba el general de no tener ejército, de no haber con qué sostenerlo, confesando que por su parte se le habian agotado las fuerzas morales y físicas.

Oportunamente aprovechó Espartero aquellas circunstancias para activar sus comunicaciones con Maroto por medio de Echaide, ó sea el arriero de Begoña, de quien ya tenemos hablado, y por cuyo intermedio cambiaron una clave para seguir su correspondencia, cuya reproduccion debemos á la diligencia del señor Piralá, que la estampa en las columnas de su historia. Pidió Maroto, como garantía de la buena fe de las negociaciones entabladas, que se le concediese una plaza fuerte; pretension á la que no pudo acceder el general de la Reina por consideraciones que de suyo se desprenden, toda vez que, al acceder á ella, habria mejorado de parte del enemigo sus condiciones para tratar; y como tambien insistiese mucho Maroto respecto á la garantía de los fueros de las Provincias Vascongadas, respondió Espartero á esta última exigencia que estaba seguro de las disposiciones del gobierno, tanto respecto á la concesion de grados, como al mantenimiento de los fueros, sin perjuicio de la integridad del régimen constitucional.

Pidió el jefe enemigo tiempo para consultar á sus generales sobre los términos ofrecidos.

En este estado se hallaba la negociacion, cuando vino á turbar el espíritu de Maroto la nueva, verdadera ó falsa, de que don Carlos estaba en correspondencia y de inteligencia con los personajes de su antigua camarilla expulsos á Francia, y de que Arias Teijeiro llegaba al campo de Cabrera, al que disponia á prestar mano fuerte á los expulsos enemigos de Maroto, y que este debia suponer alejados del favor del príncipe, que se habia puesto en sus manos. Habia dado ocasión á las alarmas de Maroto la publicacion en los periódicos de dos cartas interceptadas á los carlistas y dirigidas á don Carlos en el mes de junio por Cabrera, y en el de julio por Arias Teijeiro, cartas en las que, sin el menor embozo, expresan ser decididos adversarios de la marcha seguida en el campo de don Carlos desde los sucesos de Estella. No podia el residenciado monarca negarse á las vehementes quejas del general su custodio, y se prestó graciosamente á que Ramirez de la Piscina expidiese una circular, corroborada por otra del ministro de la Guerra Montenegro, en las que se fulminaba contra los expulsos, se repudiaba el contenido de las cartas de Cabrera y de Teijeiro, exonerándose ruidosamente al último, y declarando que el rey gobernaba libérrimamente y se hallaba altamente satisfecho del celo y lealtad de su general en jefe. Pero apenas ha conjurado el último el peligro que podia venirle de Aragon, le asalta otro mas cercano con la publicacion de los folletos del P. Casares, arrestado en Azoitia como promovedor de una insurreccion en las filas carlistas. Despechado Maroto dirigió otra exposicion á don Carlos en la que, lamentando lo que llamaba su desgracia, decia que su decision por la causa del Rey era interpretada por la perversidad de sus enemigos, que lo ponian en el caso de rogar á su soberano se dignara prevenirle la marcha que debia seguir, siéndole muy difícil continuar en el servicio de S. M. si su recto y soberano juicio no acordaba una medida tan pública como enérgica, capaz de conciliar los extremos de temor y desconfianza que se sentian en el

ánimo de sus fieles vasallos y que tan funestos podian ser á la causa; pues cuando el hombre, decia Maroto, miraba tan de cerca amenazado su honor y su vida, nada tenia de extraño que procurase defenderse por cuantos medios estaban á su alcance; que comprometida y atacada la dignidad de S. M. en la opinion pública, de suyo pedia tal resolucion, porque una de dos: ó V. M., añadia el general Maroto, está con los expulsados, y en este caso las personas de opinion contraria á ellos deben ser sacrificadas por V. M., ó debe, por un soberano decreto, manifestar el desagrado de tan extraño comportamiento.—Llodio 19 de Julio de 1839.

El requerido monarca contestó en los términos siguientes á las nuevas exigencias de su general:

«Oñate 21 julio 1839.—Maroto: He tomado la resolucion que conviene á mi dignidad con los que, abusando de la confianza con que los distinguí un dia, se han atrevido á interpretar mis intenciones. Consagrado al bien de mis pueblos y de mi ejército, nada pesa en mi corazon como su tranquilidad y bienestar; y conocida por estas disposiciones mi voluntad, debe disiparse todo motivo de inquietud en cualquiera á quien haya podido inspirarla la publicacion de los escritos de que me hablas. Lo que importa, Maroto, es dirigir la opinion á la union, al amor á mi persona, al respeto á mi dignidad y al triunfo de la causa que sostenemos con tanta gloria como justicia, sin dejar extraviar los ánimos por los rumores y cavilaciones que siembra la maledicencia.

«Si las dificultades que te se oponen para continuar en mi servicio, como me dices, son estas, están disipadas; pero en la realidad, fenecida esta dificultad, ¿habrás salido de todos los embarazos, reales ó imaginarios, de tu situacion? Esto es lo que yo quiero que examines con calma y serenidad para tu propia tranquilidad y bienestar, que te deseo por el interés mismo de la causa y de mi servicio.

«Sé que harás lo que puedas por tan dignos objetos y tú puedes contar con mi afecto.—CARLOS.

Y como si no bastaran tantas satisfacciones para calmar la zozobra de Maroto, el ministro de la Guerra expidió reales órdenes, tanto á Cabrera como á las juntas de Aragon, Cataluña y Valencia, condenando la conducta de Arias Teijeiro, á quien se calificaba de revolucionario, y prescribiendo que él y sus secuaces fuesen tratados como tales.

Resuelto á asirse á todo agarradero capaz de ponerlo á salvo de los efectos del huracan que contra él corria, Maroto habia enviado á Paris desde el mes de abril á Madrazo Escalera y á su ayudante Duffau-Pauillac, encargados de establecer inteligencias con el gobierno francés, de las que aquellos dieron cuenta á su principal en los términos que expresa la comunicacion del Duffau, fechada en Arrancudiaga á 28 de junio y que figura al fin del capítulo con el número I.

Del resultado de sus gestiones cerca del gabinete francés, dió Maroto cuenta á don Carlos, en cuyo ánimo no produjo buen efecto la indicacion de que hubiese de renunciar á su corona, como tampoco pudo producirlo en el de la corte de Madrid que el gabinete francés hubiese manifestado que si don Carlos renunciaba y se efectuase el casamiento de su primogénito con doña Isabel, se obligaria á salir de España á la reina Cristina; pero por fortuna, tan inclinado como se mostraba aquel gobierno á desempeñar el papel de componedor de las cosas de España, tan decidida era la repugnancia de Espartero á que en el asunto tuviese que mediar la Francia, y no menos provechosa fué para la terminacion de la próxima paz, la benévola y hábil conducta del gobierno inglés al verse solicitado por Maroto para que interviniese en las negociaciones.

A consecuencia de una conferencia tenida entre el general La Torre y Maroto, en la que el primero hacia valer el cansancio del país y la general disposicion de los voluntarios á que la guerra cesase, habló Maroto de la necesidad de buscar garantías de lo que se tratase, procurando que el gobierno inglés mediase con el de la Reina respecto á las condiciones que deseaban obtener los carlistas, y entonces propuso La Torre dirigirse á lord John Hay, comodoro de las fuerzas británicas en las costas de Cantabria, á cuyo efecto y para encubrir lo que sin duda ofreceria de extraño una gestion oficial entre el

cuartel general carlista y la estacion de la marina inglesa, ideó Maroto proponer á don Carlos que, á fin de cortar el desastroso sistema de las quemas de mieses y cosechas, que las tropas de la Reina efectuaban en Navarra, se solicitase la intervencion del gobierno inglés, al que, habiendo sido, por consideraciones puramente humanitarias, el iniciador del tratado Elliot, que regularizó la guerra en las provincias del Norte, era de esperar no se negase á un paso altamente conforme al espíritu de la civilizacion y á los preceptos del derecho de gentes.

Accedió don Carlos á la propuesta de Maroto, y en su virtud se verificó la primera conferencia con lord John Hay. En ella hizo valer Maroto que le quedaban recursos militares, que podia dejar que Espartero se internase en país vascongado sin oponerle resistencia, pero con probabilidad muy fundada de poder batir sus divisiones, y concluir por su derrota. Que si bien era verdad que las provincias y el ejército deseaban la paz, la querian honrosa; á lo cual esperaba se prestase á contribuir el gobierno inglés, obrando de acuerdo con la Francia en calidad de mediadores.

Lord John Hay no podia recibir estas comunicaciones sino en el concepto de trasmitirlas á su gobierno, como lo hizo, y por el que fué autorizado á poner en manos de Maroto el escrito siguiente:

«El gobierno inglés desea ardientemente que la guerra de España se concluya pronto y definitivamente por medio de un arreglo amistoso entre los jefes de la insurreccion en las provincias Vascongadas y el gobierno español por ser preferible á que se termine por el solo empleo de la fuerza física.

«Aun cuando el gobierno inglés no quisiera salir fiador por ninguna de las dos partes con respecto al cumplimiento de las condiciones admitidas por la otra, porque el hacerlo así seria abrogarse una intervencion en los asuntos interiores de otro país, lo cual es disputable como principio é imposible su ejecucion; sin embargo, el gobierno inglés desearia mediar con objeto de obtener condiciones capaces de conciliar los intereses y opiniones de ambas partes, bajo la base que asegurara una paz honrosa y permanente.

«Por tanto el gobierno inglés quisiera tomar parte como mediador, mas no como fiador en las negociaciones que se entablen para conseguir tan deseado fin.

«Si en el curso de las negociaciones se suscitase alguna cuestion sobre si alguna de las condiciones estipuladas era ó no fiel y puntualmente cumplida, el gobierno inglés no negaria sus buenos oficios cerca del gobierno español en favor de los vascongados, y emplearia todo su influjo para sostener la buena fe por ambas partes.

«Toda negociacion entre los ejércitos beligerantes en que intervenga la Inglaterra debe ir precedida de una declaracion por parte de los jefes de la insurreccion, que exprese que se ha concluido la guerra de sucesion. En este caso estará la Gran Bretaña en posicion de proponer una suspension de hostilidades en las provincias Vascongadas y Navarra y de interponer su mediacion para procurar el reconocimiento de los fueros (como base necesaria de un arreglo final), sujetos á las modificaciones en que se convenga.»

Maroto consideró como base para sobre ella entablar negociaciones la comunicacion de lord John Hay, y amplió sus propuestas formulando un plan conforme al que habia indicado la Francia. El comodoro juzgó muy atinadamente deber dar conocimiento á Espartero de lo propuesto por Maroto, y aunque no agradó por cierto al jefe liberal la insistencia de Maroto respecto á la intervencion extranjera y negase su aprobacion á lo que aquel proponia, comunicó en cambio á lord Hay la que él habia formulado y de que ya tienen conocimiento los lectores.

A consecuencia de una mision desempeñada por el brigadier Clavería, como enviado de Espartero al cuartel general de Maroto, consultó este á los jefes de sus divisiones y brigadas acerca de las disposiciones en que se hallasen para continuar la guerra ó suscribir arreglos de paz. La contestacion á esta consulta no fué unánime, opinando unos jefes por la transaccion y otros por exigir condiciones que equivalian á rechazar las probabilidades de un convenio; pero el general